

“OTRA VUELTA MAS DE TUERCA: UN LECTOR POSEIDO, UN AUTOR ALIENADO Y EL ARTE DE RELATAR”

Soledad Gasman

De haber escrito un prólogo a su obra “Otra vuelta de tuerca” como acostumbraba su autor, ésta habría suscitado la mitad de controversia que ha creado y seguirá creando en el mundo de las letras. Al no ser así, como lectores nos encontramos en el fascinante camino de reconstruir y desentrañar una historia cuya fuerza mayor parece descansar en su poder proteico.

Cualquier lector entusiasta espera dar un significado más allá de lo literal a la obra que tiene entre manos. Normalmente se pretende dilucidar la cosmovisión del autor, que no es otra cosa que su modo de mirar el mundo, el que con frecuencia viene dado por el código estético y por las ideas filosóficas, políticas, religiosas y sociales a las cuales el artista adhiere. Para ello, se busca alguna información biográfica, se sitúa al escritor dentro de su contexto histórico, se hace un seguimiento de otras obras suyas, y se da una mirada a los documentos en donde haya estampado sus pensamientos. Este trabajo requiere de una gran dedicación, tiempo y tenacidad, además de conocimientos específicos; sin embargo, también se puede proceder de un modo menos riguroso. Se esbozan lo que podrían llamarse “lecturas interpretativas libres” que nacen a partir de asociaciones, impresiones personales, lecturas relacionadas, y cierto nivel de conocimiento del autor y su obra. Su objetivo es dar una explicación a todos los elementos del texto o a la mayoría de ellos desde una perspectiva específica. Las interpretaciones que se presentan a continuación son de este tipo, y son el producto de largas sesiones de conversación entre un grupo de amigos, en torno al autor y su obra.

Una de las tantas lecturas propuestas a “Otra vuelta de tuerca”, e insinuada de manera explícita en algunas traducciones, es aquella que establece que su argumento sería el relato de una posesión diabólica de dos niños. Otra de ellas, el desarrollo de un proceso histérico en una joven sobrepasada por una gran carga emocional y de responsabilidad.

También, un cuadro que muestra los efectos provocados por la represión

que la sociedad victoriana ejerció sobre sus miembros, y que se manifestaría -por ejemplo- en ansias sexuales insatisfechas. Finalmente, el reflejo de la inocencia de algunas criaturas enfrentadas a la fuerza malévolas del universo, que sería un tema recurrente en el autor y que estaría relacionado con su incursión en el viejo mundo.

Lo que ocurre con todas estas interpretaciones es que una vez planteadas, se siente –irremediamente- que más de algún aspecto importante quedó fuera de ellas. Algo sobra, algo falta. Algo se escapa. Ninguna de ellas ata todos los cabos. Entonces, se emprende una nueva lectura y, a poco andar, se llega a la conclusión que el camino tomado se abre hacia otro más oculto y no considerado antes, ya sea que éste se manifieste en la forma o en el contenido de la obra. Por último, la curiosidad y el entusiasmo del lector se calman al son de la afirmación de Borges cuando dice que los cuentos de Henry James son “voluntariamente ambiguos; el más divulgado de todos, ‘Otra vuelta de tuerca’, admite, por lo menos dos interpretaciones. Mucho se ha discutido sobre él; nadie ha querido comprender que James, al escribirlo, buscó esas distintas interpretaciones sin comprometerse con ninguna.”

El proemio de ‘Otra vuelta de tuerca’ muestra a un grupo de personas ávidas de historias de horror. Su interés, según se dice, aumentaba mientras más extraño fuera el fenómeno. Esto es, si el protagonista era un niño y si el hecho de horror se desarrollaba en una ambientación apropiada, como una vieja casona semi abandonada. Douglas, el poseedor de la nueva historia que se contaría y que constituirá el relato central del cuento, señala: “Si el niño aumenta la emoción de la historia y da otra vuelta de tuerca al efecto, ¿qué dirían ustedes de dos niños?”. Y, agrega que como horror, la historia que le contara a él la institutriz de su hermana menor y que relata su estadía al cuidado de dos niños huérfanos, es horrible : “Como un pavoroso conjunto de fealdad y de horror y de dolor.”

Una referencia a la posesión diabólica la encontramos ya en la Biblia en Lucas 11, 24- 26: “Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposos; y no hallándolo, dice: Volveré a mi casa de donde salí. Y cuando llega, la halla

barrida y adornada. Entonces va, y toma otros siete espíritus peores que él; y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero.” También en Mateo 17,18: “Respondiendo Jesús, dijo: ‘¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo acá. Y reprendió Jesús al demonio, el cual salió del muchacho, y éste quedó sano desde aquella hora.”

La posesión diabólica consistiría en la captura por parte del demonio o de un espíritu maligno del cuerpo y la psiquis de un hombre o mujer de cualquier edad. Esta posesión se deja ver gracias a manifestaciones síquicas y físicas en el poseído. Las manifestaciones síquicas de posesión diabólica y que ameritan un exorcismo de acuerdo al antiguo documento *Rituale Romanorum* de la iglesia católica y refrendadas recientemente por monseñor Medina serían la xenoglosia, la paranoia, la autosugestión, la premonición, la prosopopesis y el comportamiento esquizoide. Las señales físicas son el sansonismo, la transfiguración de todo o partes del cuerpo, el contrariar las leyes de gravedad y la transformación de la voz, su tono, la cadencia, la pronunciación, su calidad etc.

Estudios de casos de posesión -según la iglesia católica- y psicopatológicamente inexplicables según los siquiátras consultados, muestran en las personas que la padecen gestos tales como cambios en la voz, xenoglosia, percepción anormal de fenómenos ocultos a los sentidos del poseído, y comportamiento violento como patadas y gritos.

Antes de referirnos al comportamiento “extraño” de los niños Flora y Miles, es importante señalar que según nos relata la señora Grose - antigua ama de casa de la familia- los niños habían estado al cuidado del señor Quint y la señorita Jessel, ambos fallecidos por causas misteriosas. Al decir de Grose, esta pareja mantenía relaciones “del todo inconvenientes” entre ellos y con los niños. Tan pronto la nueva institutriz y relatora de la historia llega a hacerse cargo de los niños, empiezan las apariciones de Quint y Jessel. La muerte prematura de ambos personajes, su alianza “ilícita”, las prácticas “anormales” a las que habrían sometido a Miles y Flora y los postulados religiosos al respecto vigentes hasta el día de hoy, permiten suponer que los espíritus de

Quint y de Jessel habrían regresado a la casa vieja para “apoderarse del cuerpo y la mente” de Miles y Flora.

Si nos detenemos en el comportamiento de los niños se puede observar que algunas de las señales propias de la posesión diabólica –de manera atenuada y levemente modificadas- les podrían ser atribuídas. El primer indicio de este tipo se observa al momento de recién iniciado el relato cuando la institutriz recibe la carta en la que se le hace saber de la expulsión de Miles de la escuela, arguyendo que “haría daño a sus compañeros”. En este punto del relato no se entregan más detalles acerca de cómo Miles haría daño; sin embargo, hacia el final de la historia nos enteramos que Miles “decía cosas...a aquellos que le gustaban” y que aquello que les decía era “demasiado malo”.

Flora también dice cosas extrañas. La señora Grose ha oído: “de boca de la niña...¡horrores! ¡Ahí tiene!...Por mi honor señorita, ¡dice cada cosa!” y una vez interrogada por la institutriz agrega que Flora dice “cosas del todo inconvenientes...más allá de todo lo que puede esperarse, tratándose de una niña. Y no sé de dónde puede haber sacado esas cosas.”

En ambos casos estos “decires” están acompañados de estados febriles, insomnio, gritos: “Desde esta posición estalló en un lamento casi furioso: Lléneme lejos, lléneme lejos...” dice Flora a la señora Grose, quien junto con la institutriz deciden llevársela para que esté “lejos de ellos”: los espíritus malignos. Durante este período la niña pasa por un estado febril que le perdurará hasta que se va de la casona. La noche que la institutriz entra al dormitorio de Miles porque lo siente despierto, después de un breve diálogo entre ambos: “El niño lanzó un agudo grito que, perdido en medio del estrépito, aunque yo estuviera junto a él, podía pasar indistintamente por una exclamación de júbilo o de terror.” Cuando la institutriz queda sola y está frente a Miles y al espectro de Quint en el capítulo final, se nos dice: “Era como luchar contra un demonio por un alma humana, y al pensar en ello pude ver que tenía una adorable frente infantil bañada de sudor...El rostro próximo al mío no estaba menos pálido que el rostro pegado a los cristales, e instantes después dejaba escuchar una voz que aspiré como una fragancia

exquisita. No era una voz sorda ni débil, aunque parecía venir de muy

lejos.” Más adelante señala que “podía sentir el formidable latido del pequeño corazón en el cuerpecito súbitamente afebrado.” Y, por último la frase final: “Estábamos solos en el día apacible, y su pequeño corazón desposeído, había dejado de latir.”

Con respecto al insomnio, Miles y Flora lo sufren: “La niña se había levantado de nuevo, esta vez apagando la vela, y de nuevo con el propósito de mirar algo o de responder a alguien, estaba acurrucada detrás del cortinado y espiaba en la noche.” Esa misma noche la institutriz baja para descubrir qué mira la niña y al hacerlo se da cuenta de: “Pero la silueta en el jardín no era en modo alguno quien yo sospechaba y a cuyo encuentro iba a salir con tal certidumbre. La silueta del jardín –me sentí desmayar al comprobarlo- era el pequeño e infortunado Miles.”

El hablar extraño e inusual para la edad de los niños, sus gritos, su violencia, los episodios de insomnio, fiebre y hasta la muerte de Miles; el hecho que la institutriz fuera hija de un pastor, por lo tanto probablemente familiarizada con la Biblia y el discurso de la acción del diablo en seres inocentes; la reiteración de alusiones a la idea de la posesión en el texto, son algunas de las pistas que permiten al lector dar un sentido a la obra desde esta particular mirada. Sin embargo, así como hay indicios que inducen esta interpretación, también hay otros que la desestiman. Si las visiones que tiene la institutriz, y la idea de una relación “depravada” entre Quint, Jessel y los niños son producto de su imaginación, el pensar en la posesión diabólica carece de sentido.

Como ya se ha dicho, la institutriz -una joven inexperta- proviene de una familia numerosa y devota. Este es su primer trabajo, por lo tanto es la primera vez que deja la casa donde ha vivido pobremente con sus padres y hermanos, como también es –al parecer- su primer enamoramiento. Llega a hacerse cargo de dos niños huérfanos -que viven en una mansión solitaria al cuidado de un grupo pequeño de sirvientes- bajo la fuerte presión que le significa el saber que se ha comprometido a resolver “todo” sola –pase lo que pase- sin recurrir al tutor de los niños. Este compromiso adquiere dimensiones inesperadas para ella desde el momento que comprende lo difícil de la

situación que deberá afrontar. Sabiéndose enamorada del tutor, cualquier intento de comunicación con él además de hacerla quebrantar su promesa, la expone a ser mal interpretada.

Si a la realidad antes descrita se agrega el episodio de la carta de expulsión del niño, -acaecido el segundo día después de su arribo a Bly, que la pone de inmediato frente a la paradójal situación de decidir entre callar y hacerse cómplice, o hablar y romper su compromiso recién adquirido- no es de extrañar que la joven institutriz derive en un cuadro sicótico, cuya manifestación principal sería la alucinación, o percepción sin objeto. “Se trata de la vivencia sensorial de algo que no está ahí. Este no estar ahí es comprobado por el observador. En las alucinaciones, algo que no está ahí es visto, oído, saboreado o sentido en el propio cuerpo.” (Sicopatología de la Esquizofrenia)

Las “percepciones sin objeto” empiezan a presentarse a la institutriz desde su primera noche en la casona. Al amanecer se ve obligada a levantarse y escuchar: “En un momento creí reconocer, débil, lejano, un grito infantil; en otro me estremecí apenas conscientemente como ante el ruido de un leve paso tras la puerta.” Días más tarde expresa: “Uno de los pensamientos que me acompañaban en esas soñadoras caminatas – ahora no me ruboriza confesarlo- era que sería tan encantador como un cuento encantador encontrarme súbitamente con alguien, con alguien que apareciera a la vuelta del camino y que, con una sonrisa, me diera su aprobación.” Sin embargo, la figura que divisa luego en lo alto de una de las torres de la mansión no corresponde al hombre que ella espera ver: “el hombre que veían mis ojos no era la persona que yo, aturdidamente, había supuesto allí. Tal fue el trastorno de mis facultades visuales que aún ahora, después de muchos años, no puedo encontrar una sorpresa equivalente.” Frente a este hecho, nuevamente la institutriz enfrenta la paradoja de hablar y ser doblemente mal interpretada, como loca y como “desesperada” de amor; o, callar y asumir las consecuencias del silencio. Es importante destacar que en el plano del relato, al momento de esta “aparición” o alucinación, la institutriz no sabía de la existencia de Quint. Sólo cuando ella describe la figura vista en lo alto de la torre a la señora Grose, la ama de casa reconoce en la descripción del “aparecido” la fisonomía del antiguo sirviente ya

muerto, y relata su historia. El detalle de la fisonomía y vestimenta vistas por la institutriz y corroboradas por la señora Grose -aunque de manera vaga- como pertenecientes a Quint llevan al lector y a la misma institutriz a pensar que efectivamente ocurre una aparición y no una alucinación producto de la imaginación.

Así como las alucinaciones son propias del comportamiento sicótico, en el denominado grupo paranoide: “Las ideas delirantes y las alucinaciones dominan el cuadro clínico. La autoreferencia no sólo posee carácter persecutorio, sino que también puede poseer tinte de grandeza o las dos situaciones combinadas. Es habitual que el paciente comience a sentirse diferente y al mismo tiempo las cosas y las personas se transforman, son distintas, extrañas. El mundo a su alrededor es dudoso, todo le despierta sospechas: alguien estaría tratando de perjudicarlo. La incertidumbre predomina en estos primeros momentos...Desde insinuaciones y gestos encubiertos se transita a una franca conspiración en su contra, con la evidencia de ser víctima de ataques y atentados.” (La esquizofrenia clásica” p. 66)

Desde el momento en que la institutriz sabe -gracias a la señora Grose- del tipo de “supuestas” relaciones inconvenientes entre Quint y Jessell y de ambos con los niños; como también, de la mentira que habría dicho Miles para defender a Quint, se auto asigna una misión: “Por esos días era literalmente capaz de encontrar un goce en el extraordinario ímpetu de heroísmo que la situación exigía de mí. Estaba destinada a cumplir un servicio admirable y difícil, y había cierta grandeza en demostrar -¡oh a quien correspondiera!- que podía salir vencedora donde más de alguna muchacha habría fracasado.” Es por esta razón que decide estar alerta y vigilar: “- En todo caso, mientras él estaba con el hombre...-

-La niña estaba con la mujer. Eso les convenía a todos.- Y a mí, también, me convenía demasiado, pensé. Con lo cual quiero decir que convenía exactamente a la mortal sospecha que trataba de refrenar en ese instante. Pero conseguí retener a tal punto la expresión de mi pensamiento que, por ahora, no haré otra aclaración que la que pueda colegirse de mi última frase a la señora Grose: -La mentira y la insolencia de Miles me parecen, lo confieso, los síntomas menos alentadores que podía

usted darme de cómo la naturaleza humana se ha revelado en él. Sin embargo –agregué soñadoramente-, he de tomarlos en cuenta porque ahora, más que nunca, siento que debo vigilar.”

Además de vigilar, el comportamiento de la institutriz se va tornando más y más suspicaz y cauteloso: “A veces llegué a preguntarme cómo los niños no adivinaban la extraña conducta que les atribuía, y la circunstancia de que tal conducta los hiciera más interesantes aún no era una ayuda directa para mantenerlos en la ignorancia. Temblaba por temor a que descubriesen cuánto más interesantes eran. Había momentos en que los estrechaba contra mi corazón, llevada por un impulso irresistible, e inmediatamente me decía: ‘Qué pensarán de ese ademán? ¿No me traiciona demasiado?...’”

El aumento progresivo de la idea que los niños están en connivencia con los espíritus y que ella es la llamada a salvarlos se va apoderando de la institutriz y es la señora Grose quien observa la mutación operada en su personalidad: “-Todo cabe en media docena de palabras –le dije- , media docena de palabras que plantean la cuestión: ‘Piense usted en lo que podría hacer!’ Me lo dijo para demostrarme cuán bueno es. Sabe a fondo lo que podría hacer. De eso les ha dado una muestra en el colegio.

-¡Dios mío, cómo ha cambiado usted!- exclamó mi amiga. -No he cambiado. Explico sencillamente las cosas. Los cuatro, puede estar segura, se reúnen a cada momento. Si usted, en cualquiera de estas últimas noches, hubiera estado con cualquiera de los niños, lo habría comprendido fácilmente. Mientras más he vigilado y aguardado, más he sentido que a falta de otra prueba, el sistemático silencio de ambos es una prueba...Ahora Miles no lee un cuento a su hermana –agregué-; hablan de ellos, ¡hablan horrores! Me cree usted loca, lo sé y si no lo estoy es por milagro. A usted, lo que yo he visto la habría enloquecido; a mí me ha vuelto más lúcida y me ha permitido comprender muchas cosas.”

Frente al silencio adoptado con los niños la institutriz se debate en una nueva paradoja: cree que si les habla de las apariciones los priva de la oportunidad de salvarse; pero, si no lo hace los mantiene fuera de su alcance. Luego del episodio en la iglesia cuando Miles

la emplaza a decidirse a informar al tutor de la situación en que ellos se

encuentran, ella oscila entre huir y por lo tanto claudicar a sus principios o quedarse y correr el riesgo de sucumbir o de ser ella misma corrompida por los niños o por los espíritus.

La noche en que la institutriz conversa con Miles en su alcoba, luego de haberle expresado el deseo de enviar una carta al tutor, percibe que el niño necesita y está dispuesto a recibir ayuda: “ En la entonación de sus palabras me pareció advertir, por primera vez, la pequeña, la débil palpitación de una consciencia aquiescente. Entonces me prosterné junto a la cama de nuevo sobrecogida por la ocasión de recobrarlo. –Mi querido Miles, querido Miles, ¡si supieras cuánto deseo ayudarte! Es eso únicamente; no es nada sino eso; preferiría morir que causarte un disgusto, preferiría morir que tocar uno solo de tus cabellos. Querido Miles – sí, llegué a decírselo, a riesgo de ir demasiado lejos- ¡sólo quiero que me ayudes a salvarte!-.”

Tomando en cuenta que el tema de la mujer enferma es recurrente en el autor, y a la luz de las “alucinaciones”, el cambio en la personalidad, las ideas paranoicas y lo que podría entenderse como comportamiento grandilocuente de la institutriz es que se puede configurar la hipótesis de lectura del cuento como el proceso histórico por el cual pasa una joven enfrentada a una gran carga emocional y de responsabilidad. Pero, ¿satisface esta interpretación; no quedan muchos cabos sueltos, como por ejemplo, la razón de la muerte del niño, la facilidad con que la institutriz encuentra un nuevo trabajo, el concepto que de ella tiene Douglas?

Una de las características que se le atribuye a la sociedad victoriana de la época bajo el dominio de los ideales puritanos es el esmero en guardar las apariencias, la escrupulosidad moral y el considerar el sexo como profano. (“A Handbook to Literatura”) Desde esta corriente es que se formulan otras dos hipótesis de lectura del cuento, a saber, aquella que lo considera como un cuadro de la sociedad victoriana en donde se muestran los efectos de la represión ejercida sobre sus miembros, y, otra muy conectada con ésta que lo considera como una manifestación de ansias sexuales insatisfechas.

Veamos como los valores antes mencionados se encarnan en los personajes. La señora Grose y la institutriz, al parecer, no transgreden los

principios victorianos. Por el contrario, ellas serían sus depositarias. La señora Grose es una antigua sirvienta, analfabeta, fiel y respetuosa de su posición social. Es piadosa, pudorosa, cariñosa con los niños, obediente y “decente por no hablar”, según la institutriz. Como ya hemos dicho, la institutriz es una joven inexperta, hija de un prelado, que ha hecho una promesa al tutor de los niños y que se siente llamada a cumplirla a como de lugar. Ella también cree que “salvará” a los niños del mal que se cierne sobre sus vidas. Intenta, así, convencernos de su bondad. Su “apariencia” es la de una joven bien intencionada. Pero, ¿no percibimos también su interés sexual hacia Miles; no podría pensarse que su especial atención hacia el niño no es más que un fuerte deseo sexual insatisfecho disfrazado de labor redentora. Que sus “alucinaciones” no son otra cosa que el producto de la represión sexual a la que se somete para cumplir con los valores que le han inculcado y con la promesa hecha al tutor?

Lo primero que sabemos de Quint –a través de la señora Grose- es que no es un caballero y para corroborarlo se agrega que no usa sombrero, y que aunque su vestimenta es elegante – se la sustrae al patrón- se nota que no es suya. Luego nos enteramos que él y Miles eran grandes amigos, situación inapropiada a juicio de las dos mujeres. Que Quint mimaba a Miles, que el niño “encubría” a Quint y que Quint se tomaba demasiadas libertades con él. Para la señora Grose, Quint era “indiscutiblemente malo”. La institutriz lo imagina “arrogante, impúdico, echado a perder, depravado, una bestia.” Al parecer, hacía lo que quería con todos, pues carecía de escrúpulos.

La señora Grose asegura que su conducta no era la “adecuada” a su rango y posición social de criado. La institutriz insinúa que habría ejercido una mala influencia sobre Miles y que lo habría hecho partícipe de algún acto depravado. En ningún momento del relato se usa la expresión “sexual”; pero, ¿no es justamente porque no se dice, que se sugiere con tanta fuerza?

Con respecto a la señorita Jessel, sabemos que como institutriz era de un rango social superior a Quint y que su rango le debió impedir involucrarse con él; sin embargo, el poder de persuasión que él habría ejercido sobre ella, sumado a su falta de escrúpulos la habría terminado por “perder”. En este punto, ¿no queda muy en claro que ambos

recibieron su merecido? Quint murió producto de una posible borrachera y la señorita Jessel de causas desconocidas. Así, los juicios hechos por las dos mujeres respecto de la pareja muerta, son categóricos, exentos de ambigüedad y precisos. Se les condena más que nada por haber trasgredido su rango social y por llevar una conducta “inconveniente” entre ellos. Esta “conducta inconveniente” aludiría al hecho de haber mantenido relaciones sexuales.

Los juicios que recaen sobre Miles y Flora en cambio, la mayor parte de las veces los muestran como víctimas de la pareja “depravada”; no obstante, la institutriz por momentos piensa: “-No son buenos: están ausentes, eso es todo. Es fácil vivir con ellos porque viven una vida propia, ajena a la nuestra. No son míos, no son suyos. ¡Son de él, de ella!...” Ella cree que pertenecen a Quint y a Jessel porque: “-Por el amor del mal que la pareja les ha inculcado en esos días atroces. Y continuar insuflando el mal en ellos, continuar la obra del demonio, los lleva a reaparecer.”

Para la institutriz, la presencia del demonio es tan fuerte en Quint y Jessel y tiene tal poder que pretende hacer morir a los niños para continuar su labor de “perversión” después de la muerte. Es interesante destacar que la mirada de la institutriz respecto de la acción del mal es muy similar a la visión de los primeros calvinistas- puritanos, pero a la inversa. Los calvinistas creían en los “elegidos” para el bien y la santidad. Esos “elegidos” eran los únicos posibles de redimirse de la fuerza del mal por la gracia. Acá los “elegidos” lo son por el demonio y la única acción que podría redimirlos es la que realice ella, la institutriz para salvarlos. Si pensamos que ella representa los principios de la sociedad victoriana, podríamos decir que toda persona que se excluyera de practicar dichos principios estaría condenada como lo están Quint y Jessel. La exclusión es –de este modo- tan fuerte como la “elección”.

Es en este contexto de la acción del mal donde se podría insertar la lectura de “Otra vuelta de tuerca” como el reflejo de la inocencia enfrentada a la fuerza malévola del mundo. Una manera de entender esta postura es plateársela en términos de víctimas- inocentes y victimarios- malignos. Veamos cómo esta dualidad se cumple en los personajes.

Miles y Flora o, son dos niños inocentes víctimas del prejuicio y la insanía de dos mujeres adultas, o lo son de dos espíritus malignos. Como niños huérfanos son también víctimas del destino y doblemente víctimas al haber tenido en gracia un tutor que prefiere ocuparse de sus negocios que de ellos. Serían verdugos de los adultos que los rodean si, conscientes en alguna medida del poder que pueden llegar a tener, manipulan a esos adultos para obtener ciertos beneficios.

La institutriz podría ser vista como víctima de la necesidad de tomar un trabajo que excede con mucho sus capacidades. Víctima de un empleador desconsiderado, de un amor no correspondido, de dos niños que la descubren “vulnerable”, de su poderosa imaginación y de los principios “inquebrantables” a los que la hizo adherir un padre devoto. Sería victimaria de Quint y Jessel, y por momentos de los niños al considerarlos aliados de los espíritus malignos.

La señora Grose podría considerarse víctima de su condición de sirvienta que le ha impedido casarse y tener hijos. Víctima de dos niños mimados, víctima del silencio a que la obliga su rango social, víctima de su inocencia y de las “imaginaciones” de la institutriz, víctima de presenciar lo que para ella fueron hechos “inadecuados”, víctima de su analfabetismo. ¿No actúa como victimaria de Quint y Jessel al juzgar su conducta y difundirla después que ellos han muerto?

El tutor es víctima de la muerte de los padres de Miles y Flora, teniendo que hacerse cargo de los niños. Es víctima del peligro que acecha a los niños. Es victimario de la institutriz cuando la induce por dinero a aceptar un compromiso desproporcionado a su

experiencia. De los niños cuando decide alejarse de ellos y prestar más atención a sus asuntos económicos.

¿No queda ‘cojeando’ la interpretación del cuento como manifestación de la inocencia frente a la malignidad del mundo si los actores pueden ser víctimas y/o victimarios según se los mire? ¿Y si se observa desde otro ángulo, no se podría decir con “Otra vuelta de tuerca” que el comportamiento humano oscilaría movido o por la fuerza de sus creencias ‘religioso-morales’ digamos su fe; o, por la fuerza perceptiva de su mente. Dándole un sentido metafísico al misterio, o aceptándolo

como producto de la biología humana, en cuyo caso los calificativos de inocente y bueno o corrupto y malo carecerían de sentido?

Pero, volvamos nuestra atención a la institutriz. Nos formamos su imagen -como ya se ha dicho- no sólo por lo que ella nos refiere y por las reacciones de la señora Grose frente a sus actos, sino que también gracias a Douglas en el proemio: “Era una persona encantadora, pero diez años mayor que yo. La institutriz de mi hermana –dijo suavemente-. Dada su posición, no he conocido nunca una mujer más agradable; era digna de cualquier cargo infinitamente superior...al oírla conversar me llamó extraordinariamente la atención por lo inteligente y agradable.” En relación con esta descripción puede observarse nuevamente cómo se otorga importancia al rango social y cómo ese rango es determinante en la apreciación de las personas. Además, se podría agregar que al igual que la institutriz con el tutor, Douglas tampoco habría concretado su amor hacia ella por razones que no se explican. Por lo tanto, en Douglas se reiteraría la idea del deseo insatisfecho; con la salvedad que en este caso se podría entrever una suerte de “paliativo”, toda vez que ambos hacen saber su “verdad” o “amor frustrado” o “pasión insatisfecha” a través del manuscrito que ella escribe y le entrega y que él da a conocer, oportunidad que le permite explayarse brevemente a cerca de su antigua pasión por ella. La herramienta “redentora” en este caso sería la literatura, el relato. Y, es en este plano en el cual se puede dar “otra vuelta de tuerca” al cuento.

Hasta aquí se ha intentado mostrar en qué medida las interpretaciones planteadas se cumplen, o bien dejan espacios para investigar. ¿Qué pasaría si se lee “Otra vuelta de

tuerca” como un texto meta literario, es decir, que habla de lo que es o involucra la literatura en sí misma?

Entonces, dando una vuelta más a la tuerca, aparece el lector como un ser ‘poseído’; el autor como un ser ‘alucinado’ y, el acto de relatar.

Todo texto literario entendido como mensaje comunicacional supone, además del texto mismo, un receptor y un emisor. En este contexto se podría pensar que es el texto-relato el que “posee” al lector. Si así se procede, y siguiendo las pistas en “Otra vuelta de tuerca”, al principio el

lector -como Miles en el relato- intentará sustraerse al hechizo del relato, luchará por su libertad, por momentos se engañará para luego tratar de distraer a la voz que lo seduce; pero una vez que ella logre convencerlo le determinará un estado que podría denominarse como “trance o posesión”: hablará distinto, no dormirá, se volverá irascible cada vez que se lo aleje de la página. Se sentirá preso a tal punto que se transformará en actor del relato que lee. Una vez que haya terminado la lectura, será otro. Su vida habrá cambiado por completo. Nacerá distinto como si hubiese muerto y revivido.

Supongamos ahora que el emisor o autor, es visitado por “algo” como lo que visita a la institutriz: “la posible repetición de uno o dos sonidos menos naturales que no venían desde fuera, sino de adentro, y que suponía haber oído.”(p.19) Ese algo despierta sus deseos de “emitir-escribir” un mensaje. Se pregunta si eso que ve o escucha es lo suficientemente real dentro suyo como para darle existencia. Recibe nuevas “visitaciones-visiones”. Siente un impulso incontrolable a creer en esa realidad que le muestra su imaginación. Se sabe inmerso en una situación paradójal; o, se deja llevar por la imaginación como si fuera la realidad, o la niega y recupera la cordura. O, se corrompe con la mentira inventada, pues la siente como un ultraje a su integridad, o queda fuera de ella sin nada entre manos. Se arriesga. Cree. Una vez entregado a su realidad “paralela” se deja llevar por ella como si “lo levantara una inmensa ola de piedad e infatuación.” Porque es un asunto de vida o muerte. Un eslabón del que penden palabras como salvación, redención y expiación. Se siente fortificado y seguro, preso por las visiones

que lo acucian, entre las que es como un intruso escarbando en lo ajeno. Sabe que puede ser juzgado como loco, insano, paranoico, pero el impulso que lo lleva a entrar en su mundo paralelo no le da tregua. Recién en este momento comprende que deberá vaciarse de sus visiones, pero que sólo logrará “poseer” al lector si avanza de un modo muy preciso: “como si hubiese ‘inventado’ la historia, pude hacer de cada una de las personas que se me aparecieron un retrato que descubría hasta en el menor detalle sus signos particulares, un retrato ante cuya exhibición ella los había inmediatamente reconocido y nombrado.” (p.61) Ese modo preciso lo obtendrá – como la institutriz- gracias a preguntarse por todas las aristas de la historia, entenderlas y analizarlas hasta los últimos

resquicios. Adivinar, suponer, adelantarse. Y cuando la “visión” esté encarnada en un ser, la dejará ir con una persistencia que no dará respiro a su lector. La estampará con el lenguaje más ambiguo que su historia le permita para así abrir más y más el interés, dejando la posibilidad de muchas respuestas. Insinuando más que afirmando. Sugiriendo más que contando. Mostrará los hechos como vistos a través de una ventan : “ mirando al sitio donde yo había aparecido, es decir, mirando no tanto a ese sitio como a algo que estaba evidentemente por encima de mí.”(p.77) Por lo tanto, mirará con la vista puesta en algo que está más allá del objeto y del observador. Elegirá los objetos tomando de aquí y de allá, y uniéndolos en una tarea común los insertará en un ambiente identificable pero a la vez misterioso. Entrelazándolos mediante relaciones que sean esenciales a cualquier observador-lector. Es decir, mediante el amor y la pasión, la maldad y el altruismo, lo perverso y lo convencional, lo natural y lo sobrenatural.